

La Arqueología Peruana en el Siglo XX

Duccio Bonavia

Hacer un balance sobre los avances de la Arqueología Peruana en el siglo XX es una tarea muy difícil, no sólo por todos los cambios, planteamientos teóricos e investigaciones fundamentales que se han producido en este lapso de tiempo, sino también por la dificultad de decidir a cuáles mencionar y a cuáles pasar por alto. En este sentido siempre habrá desacuerdo, y desde ya asumo plenamente la responsabilidad de lo que diré.

Antes de escribir este ensayo, conversé con Ramiro Matos y llegamos a la conclusión de que en vez de tratar de establecer una nueva periodificación del proceso arqueológico peruano, hubiera sido mucho mejor adoptar aquella que propusieran para la Arqueología Americana Willey en 1968 y luego, ligeramente modificada, Willey y Sablof en 1974. Después de un cuidadoso análisis, me di cuenta de que ello es imposible, por la simple razón de que en el Perú nunca se han creado escuelas y que por lo menos hasta la década de los años 60 del siglo pasado, en el fondo los arqueólogos se formaron de una manera casi autodidacta o tratando de seguir la línea de algunos de sus profesores, sin saber en el fondo exactamente el porqué. Es sólo a partir de esa época que en algunas universidades se comenzó con una enseñanza sistemática, aunque en ninguno de los casos ha habido, hasta hoy, una directriz teórica definida. Como dijera en una conferencia Kent Flannery, en el Perú hay pocos arqueólogos originales (Ramiro Matos, Comunicación personal 22 de junio 2005). Y por otro lado, los extranjeros que han investigado en nuestro medio, con una sola excepción la de la Escuela de California, no han trabajado con metas teóricas concretas.

Hay que señalar que a principios de los años 80, Schaedel y Shimada (1982) plantearon una periodificación de nuestra arqueología que en realidad no tiene ningún sustento. Se hace difícil aceptar que Schaedel, que conoció bien la materia y nuestra realidad, haya hecho apreciaciones de esa naturaleza. Es de suponer que dada su avanzada edad, en el fondo el trabajo fue hecho por Shimada, que recién

se inicia en la década de los años 70 en nuestro medio y que definitivamente no conoce el tema.

Willey (1968:35) estableció muy claramente que el surgimiento de la actitud científica en la Arqueología Americana se da entre la mitad del siglo XIX y principios del XX. Esto coincide con la época en la que llega al Perú ese hombre extraordinario que fue Max Uhle. Excava en Pachacamac en 1896 y publica sus resultados en 1903; es la primera excavación estratigráfica que se hace en el continente americano y coincide con las investigaciones que Dorpfeld, también de la escuela alemana, había efectuado en la ciudad de Troya con la misma metodología. Y no hay que olvidar que el método estratigráfico se hace viable en la Arqueología Americana sólo después de 1920 (Willey: 1968:38). Hay que ser conscientes de que la primera cronología que se elaboró en el continente, basándose en datos arqueológicos, fue la de Uhle para Perú y Bolivia entre 1892 y 1908, cuando en los Estados Unidos de América la primera cronología se hizo recién entre 1914 y 1916. Además, con sus trabajos en el Ecuador, Uhle plantea un enfoque pan-andino. No puedo compartir la opinión de Willey (1968:38) en el sentido de que la secuencia de Uhle fue más una seriación estilística que estratigráfica, si bien es verdad que él aplicó los modernos principios de la seriación. Como escribiera Rowe (1998:11), "Uhle relacionó sus tumbas con las respectivas capas observando de cuál capa se había excavado cada tumba..." (Vide también Uhle, 2003:113). Sus excavaciones en Moche, como dijera Muelle (1963:357) "... marca[n] época en la arqueología del Perú...", pues rompen el mito de que todo lo prehispánico era incaico. Uhle es prácticamente el descubridor de la cultura Nasca y el primero que establece una secuencia en la Costa Sur. Como manifestara Rowe (1998:17-18) que, con Muelle, fue uno de los que más conocieron la obra del maestro alemán, "La cronología relativa de Uhle fue una hazaña intelectual de primer orden". Hoy "... nos apoyamos todavía en sus datos".

1911 fue el año de la exploración científica de Machu Picchu. No fue descubrimiento, pues éste ya está señalado en documentos de 1562, 1565 y 1568 (Rowe, 1990), en dos ventas en 1776 y 1782 (García, 1961:177-178), en un informe de 1848, figura en un plano de 1874, los indígenas lo conocían y Wiener sabe de él en 1876 (Porras, 1955:70). Este dato se publica en París y llega a conocimiento de Bingham. En su libro de 1880 Wiener lo menciona y lo ubica en su mapa. (Wiener, [1880] 1993:362; plano Vallée de Santa Ana). Además, en 1894 las ruinas fueron exploradas por Don Luis Béjar, en 1902 por Enrique Palma y en 1904 Melquiades Alvarez fue locatario (vg. vide Romero, 1974; Vega, 1999). Aunque este es un punto que deberá ser aclarado, pues según otra versión, los propietarios de las tierras en las que se encuentran las ruinas en cuestión fueron Melquiades Richarte y Anacleto Alvarez, y Melchor Arteaga era locatario al momento de la llegada de Bingham (Yépez Valdez, 2001:97). El que ilustró a Bingham fue Alberto Giesecke, que sabía

de las ruinas desde 1911 (Valcárcel, 1981:153). Visto fríamente, Machu Picchu no tiene ningún atractivo especial para la ciencia, salvo el hecho de formar parte de un complejo de establecimientos urbanos de avanzada en la Ceja de Selva. Éstos recién cobrarán importancia cuando Paul Fejos, a principios de los años 40 explora, estudia y publica todo el conjunto de yacimientos de la zona. La arqueología de la Ceja de Selva quedará en el olvido hasta que en 1963 Bonavia inicia sus pioneras exploraciones en la Ceja de Selva de Ayacucho (zona de Viscatán), que después ampliará en 1970. Y en 1966 investiga en las Ruinas del Abiseo (el mal llamado Pajatén). Ahora nuevamente la arqueología de la Ceja de Selva ha regresado al olvido; ella representa, sin embargo, una región de gran importancia que formó parte de la vida andina desde siempre, pero que comenzó a ser colonizada en tiempos del Imperio Huari y en forma sistemática en el Incario.

Desde 1909 cuando se gradúa como médico, el nombre de Julio C. Tello se convierte en indesligable de la Arqueología Peruana. Muchos mitos se han creado alrededor de este nombre y no se ha resaltado lo suficiente el valor de su obra. En realidad su interés inicial sobre la sífilis se inspiró en los trabajos de Seler y la idea de una cultura Chavín es en verdad de Middendorf, pero Tello, como lo dijera Kroeber, desarrolló el concepto y proclamó su primordialidad. Sin embargo el gran mérito de Tello, por decirlo con Muelle (1963:160-161), es que "...logró darle altura científica a una ocupación que por sus posibilidades especulativas, suele ser refugio de insatisfechos que fugan de la realidad presente." Palabras verdaderas del maestro, que hoy más que nunca son de actualidad.

Porras fue sin duda una de las personas que más conoció a Tello y él señaló claramente que su gran aporte hay que verlo desde varios ángulos distintos. Es decir sus investigaciones arqueológicas, su iniciativa para la creación de museos, el haber instituido a la Arqueología como una especialidad en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y, finalmente, su gran contribución en la defensa del patrimonio monumental de la Nación. Contra la opinión de mis colegas yo me atrevería a decir que su obra en los museos, en la universidad y su intervención en la protección de los monumentos es lo más importante de su vida.

A principios de 1900 hubo en el Perú preocupación por la conservación de los bienes históricos; así Gutiérrez de Quintanilla fue autor de dos proyectos de ley en 1912. En 1924 Tello preparó también un proyecto de ley de protección del patrimonio monumental, pero no fue aprobado. Por eso, cuando en 1926 Plácido Jiménez, Pedro Villanueva y Enrique Marquina presentaron otro proyecto similar y que se convertiría en la Ley 6634 aprobada en 1929, Tello fue el verdadero propulsor de dicha iniciativa. No me cansaré de repetir que la Ley 6634 es un hito en nuestra legislación, sus principios nunca han sido superados y su derogación, por mezquinos intereses, es una de las páginas negras en nuestra historia.

No podemos olvidar, por supuesto, que Tello ha sido el único que estableció una secuencia de la historia andina prehispánica con criterio espacial, es decir geográfico. Desafortunadamente, contra todo lo que se diga, Tello no dejó escuela, sí algunos colaboradores que lo idolatrarón. De ellos el que destacó fue Manuel Chávez Ballón, un hombre que fiel a la tradición indígena de que ésta se transmite verbalmente, casi no dejó escritos. Su sabiduría se fue a la tumba junto con él.

En 1922 llegó al Perú William Curtis Farabee que, entre cosas, excavó en las Cavernas de Cerro Colorado en Paracas, descubriendo lo que en ese entonces se definió "una cultura nueva". Desafortunadamente murió sin publicar nada. Fue recién en 1925 que Mejía Xesspe (Comunicación personal al autor, 1965) descubrió los cementerios de Paracas dándole la noticia a Tello.

A partir de 1901 Alfred Kroeber comienza a interesarse en nuestra arqueología. Con él se inicia la obra de la Escuela de California, la única que se practicó en forma continua en nuestro medio y con metas muy concretas. Empieza con el estudio de las colecciones de Uhle, que lleva a cabo solo o con la colaboración de Gayton y Strong y se hace muy difícil, a partir de entonces, sintetizar su producción a nivel teórico o la que realizó sobre el terreno. Es él quien introduce el método tipológico en nuestra arqueología. Pienso que los dos ápices de sus contribuciones al Perú son primero su famosa conferencia de 1942 dedicada a los métodos de la Arqueología Peruana. Fue una intervención verdaderamente iluminante, que sigue de actualidad y que deberían leer con gran humildad las nuevas generaciones de nuestros alumnos. Y luego su libro *Peruvian archaeology in 1942* (1944) que marca hitos, deja enseñanzas y que no ha tenido igual posteriormente. Con su muerte, en 1956, desaparece el último antropólogo completo, el último humanista de la arqueología americana. Rowe ha sido el postrer representante de esta Escuela en los Estados Unidos. Con la desaparición de Muelle, el único que queda de esta tendencia en el Perú, es el que les habla.

Con los estudios de Baessler, de Seler, de Hrdlicka y de Tello se inicia la investigación científica de la Antropología Física en nuestro medio. Luego entre 1926 y 1929 sigue trabajando en esta línea Roy L. Moodie, que será seguido posteriormente por Marshall T. Newman y T. Dale Stewart en 1943 y en 1950 y, desde 1987, por John Verano. En nuestro medio esta especialidad no ha tenido muchos seguidores y el que más la ha practicado ha sido un hombre que estuvo siempre muy cercano a Tello, Pedro Weiss y a partir de la década de los años 50 su discípulo Uriel García. Aunque, como él me decía, no se puede olvidar los trabajos precursores de la década de los 40 de García Frías (1940) que descubrió la existencia del bacilo de Koch en las poblaciones prehispánicas. Pero mientras Weiss centró más su interés en las deformaciones artificiales y en las trepanaciones craneanas, los demás se interesa-

ron mayormente por la paleopatología. Los adelantos que se han hecho en este campo son increíbles tanto por el avance de la metodología científica, cuanto por la buena conservación de los restos en nuestro territorio costero. Sintetizar los resultados es prácticamente imposible, significaría una conferencia *per se*. Pero probablemente lo más importante de todos los hallazgos, fueron los trabajos de Rothschild y Allison que se hicieron entre los años 1980 y 1990 demostrando que en América no existieron la viruela, el sarampión y la gripe, que fueron importados por los europeos, mientras sí hubo la sífilis.

Siempre en 1926 se produce uno de los descubrimientos más importantes de nuestra arqueología, el de los geoglifos de Nasca. Hasta ahora no sabemos y probablemente no lo sabremos nunca, si el autor del hallazgo fue Kroeber o Mejía Xesspe o ambos (*Ilege Bonavia 1995:316-317*). Pero se deberá llegar a 1948 para que Paul Kosok se dé cuenta de su importancia e influencie a María Reiche para que inicie su estudio. El de Reiche es uno de los tantos mitos que se han creado en el Perú sin ningún sustento. El único gran mérito que ella tuvo, es el de haber divulgado la importancia de los geoglifos y haberlos defendido a lo largo de su vida. Pero su contribución científica es nula. Y si bien aún los especialistas discuten sobre la verdadera función que ellos tuvieron dentro del sistema cultural de los nasca, probablemente el estudioso que más ha contribuido, aunque está completamente olvidado, es Gerald S. Hawkins que en 1969 demostró fehacientemente que las grandes líneas trazadas en el desierto no tienen ninguna relación con la astronomía.

Si bien es cierto que los trabajos de M.D.C. Crawford en 1915 y de Philip Means de los años 20-30 hoy no son de utilidad, sin embargo fueron ellos los que llamaron la atención sobre la importancia de los antiguos tejidos peruanos. Es en 1927 que Lila M. O'Neale inicia sus estudios de las técnicas textiles en colaboración con Kroeber. Posteriormente, a raíz de los hallazgos de Huaca Prieta, Junius Bird hará un ejemplar estudio de los tejidos precerámicos, abriendo nuevas perspectivas en este campo. Éste, a mi modo de ver, es uno de los mayores avances en nuestra arqueología, si se toma en cuenta que en los tiempos prehispánicos aquí se conocieron todas las técnicas textiles que se practicaban en el resto del mundo, con la sola excepción del uso del telar mecánico. Estudios que luego serán seguidos por Raoul d'Harcourt en la década de los 60 y a partir de 1970 y hasta la fecha con un gran conocimiento por Ann Rowe.

A principios de los años 30 del siglo pasado Eugenio Yacovleff se asocia con la Arqueología Peruana. Hoy está casi olvidado, sin embargo tuvo un gran mérito. Botánico de formación, Yacovleff se dio cuenta inmediatamente de las inmensas posibilidades que ofrecían los restos arqueológicos de plantas en nuestro medio, pero más aún la aplicación de los principios y los métodos de las ciencias naturales

para la comprensión de nuestro pasado. Él introdujo la botánica como instrumento para la interpretación de la iconografía. Es una lástima que la parca se lo llevara tan prematuramente. Son muy pocos en el Perú los que han aprendido su lección, y aún hoy estamos pagando muy duramente el divorcio que existe en nuestras universidades entre la formación casi exclusivamente humanista de los arqueólogos y la científica que se imparte en las facultades de ciencias. No hay aún, en el Perú, una conciencia clara de que hace mucho tiempo la arqueología ha dejado de ser entretenimiento de anticuarios y hoy es una ciencia.

En 1931 llegan al Perú Robert Shippee y George R. Johnson quienes introducen en nuestro medio el uso de la fotografía aérea. Quizá uno de los descubrimientos más importantes que hicieron, fue la gran muralla del Santa. Este fue un adelanto increíble en las investigaciones arqueológicas y hoy en día ningún arqueólogo serio inicia la exploración de una zona, sin haber estudiado antes con gran detalle las fotografías aéreas de la misma. El uso de esta técnica en la arqueología se comenzará a emplear en forma generalizada sólo después de la segunda guerra mundial. Tanto es así que recién en 1948-1949 Paul Kosok la aplica en gran escala en nuestro territorio, demostrándonos la gran versatilidad que ella tiene para los arqueólogos. Y es justamente con la publicación de su famoso libro *Life, land and water in Ancient Peru* (Kosok, 1965) que pudimos observar por primera vez yacimientos hasta entonces desconocidos, como es el caso de Chupacigarro, hoy rebautizado con el nombre de Caral.

En 1931 un geógrafo alemán, Carl Troll, hace un estudio de las civilizaciones indígenas andinas, señalando sus fundamentos geográficos. En 1943 lleva a cabo un análisis de la posición de aquéllas dentro del conjunto de las culturas indígenas, y plantea una estructura de nuestro paisaje, demostrando las grandes conquistas que supo lograr el hombre andino con la aplicación de ciertas técnicas agrícolas concebidas para nuestra realidad. Se le tildó de determinista, pero Troll no lo fue, él pensó en estímulos y posibilidades. Su trabajo *Las culturas superiores andinas y el medio geográfico* ([1943]1958) es uno de los tantos textos olvidados que ya no se mencionan en nuestras universidades y que sin embargo son lecciones impercederas para entender cómo y hasta qué punto el indígena influyó en los cambios medioambientales a lo largo del tiempo. Tema que luego retomará en 1968 en su trabajo *The Cordilleras of the Tropical Americas. Aspects of Climatic, Phytogeographical and Agrarian Ecology*.

En la década de los 30 aparece un nuevo nombre en la Arqueología Peruana, el de Rafael Larco Hoyle. Un hombre de grandes méritos, pues no fue arqueólogo de formación. Fue prácticamente un autodidacta. Cuando comienza a interesarse en la arqueología, que había conocido por los huaqueros, es que se desarrolló el

famoso Proyecto Virú, del que él, en cierta manera, ha sido el precursor y al que me referiré más adelante. Larco Hoyle, influyente hacendado norteño, reúne en su casa hacienda de Chiclín a los arqueólogos del proyecto, fomenta reuniones, pero sobre todo aprende de ellos. Con el tiempo se convierte en el mejor conocedor de la cultura Moche. Con todas las faltas o errores que pueda contener, lo que es comprensible si se toma en cuenta cuando la obra fue escrita, *Los Mochicas* (1938-1939 [2001]), sigue siendo la más completa que se ha elaborado sobre la materia. La cultura Cupisnique, por él descubierta, aún no ha sido estudiada y su clasificación en cinco fases de la cultura Moche publicada en 1948, que posteriormente Rowe en 1950 demostrará que es correcta, hoy tan discutida y criticada, no ha podido ser cambiada y es la que seguimos usando. Y no hay que olvidar que la suya ha sido la única familia terrateniente de aquellos tiempos que creó un museo.

Por esos años, es decir 1936, Bennett, arqueólogo solitario que excavó mucho, se asocia con Muelle y descubren la cultura Gallinazo, mientras Larco Hoyle hacía lo mismo con Salinar. Dos culturas importantes de la Costa Norte, sin las cuales sería imposible entender bien el desarrollo de Moche.

Entre 1941 y 1942 Strong, Willey y Corbett llevan a cabo estudios en la Costa Central. De esos trabajos hay que destacar las investigaciones realizadas en el sitio de Aspero, cerca de Supe por Willey y Corbett, donde por primera vez se encuentra maíz en estratos precerámicos. El hallazgo, a pesar de su importancia, pasó desapercibido pues los tiempos no estaban maduros y no se podía concebir que la agricultura fuera un fenómeno tan temprano. Tanto es así que en 1961 Towle, que había estudiado el maíz de Aspero, en su famoso libro no se atreve a decir que es precerámico y califica a lo que ella define como “Época de Agricultura Incipiente” como “cultura pre-maíz”.

Desde principios de 1940 encontramos las huellas de uno de los arqueólogos más grandes que ha tenido la Arqueología Peruana, de uno de los más profundos conocedores de la realidad andina, de un gran maestro pero sobre todo y sin ninguna duda del más grande erudito en la cultura Inca. Me refiero a John Howland Rowe, que nos ha dejado hace poco. Su producción no ha sido aún aquilatada en toda su magnitud. Para eso se necesita tiempo, como en las obras de todos los grandes hombres. Fue polifacético y sólo examinando así su personalidad, se logra entender qué es lo que él verdaderamente significó para nuestra arqueología. A Rowe no basta mirarlo como el acucioso estudioso y apasionado defensor del pasado andino, hay que entenderlo como el gran teórico que defendió y aplicó los principios de la Escuela de California, como el creador de una revista que ha marcado época, *Ñawpa Pacha*, como el gran maestro y sincero amigo. Sin Rowe, la arqueología peruana no hubiera contado con los aportes de Dorothy Menzel, de Lawrence

Dawson, de Dwight Wallace, de Edward Lanning, de Thomas Patterson, de Donald Proulx, de Jean Pierre Protzen y de tantos otros, sin los cuales nuestra ciencia no hubiera logrado ser lo que es.

Se hace difícil hacer una selección de los aportes de Rowe, para señalar qué es lo más importante que hizo. Todo lo que hizo fue importante. Recordaremos la identificación que logró del estilo Inca Temprano que denominó K'illki, que Uhle había visto pero no había podido entender. Su trabajo fundamental demostrando que con la Conquista la tradición indígena no sólo no muere, sino que sigue pujante en los primeros tiempos virreinales. Su demostración de que Machu Picchu fue una propiedad privada del inca Pachacuti, su estudio sobre el fenómeno urbano prehispánico, el análisis de los *keros* que no ha tenido igual en los tiempos posteriores. La influencia que tuvo en la subdivisión en fases de varios estilos sureños o la que él hiciera de Chavín. Pero hay tres aportes señeros que ha dejado Rowe y que difícilmente podrán ser superados. Su cronología de la zona del Cuzco que permanece inamovible, su contribución sobre los Incas que fuera publicada en el volumen II del *Handbook of South American Indians* en 1946 y que, a pesar de tener ya 59 años, no sólo sigue vigente sino que es el texto de consulta obligatorio para el que quiera estudiar algún aspecto de la cultura incaica. Y en tercer lugar, su sistema para clasificar los tiempos prehispánicos a base de Horizontes y Períodos. Partiendo del principio de que toda clasificación histórica no es más que un instrumento que emplean los especialistas para poder trabajar y que en consecuencia ni tiene, ni puede tener un valor absoluto y definitivo, el propuesto por Rowe sigue siendo el más práctico y el mejor. Los que lo han criticado no han leído las bases teóricas dadas por él, y no se han dado cuenta de que el concepto de "Horizonte" de Rowe no significa lo mismo que el que emplearan Willey y otros. Por eso hay pocas personas que aplican bien el sistema.

Cabe recordar también su originalidad en muchos aspectos de la investigación. Sólo a manera de ejemplo, recordaré que gracias a su iniciativa se utilizó los Rayos-X para el análisis de pinturas a principios de los años 40 y fue la primera vez que esta técnica se aplicó en Sudamérica.

En 1945 se publica *El mundo vegetal de los Andes peruanos* de Augusto Weberbauer. Él venía estudiando nuestra flora desde 1901 y si bien su trabajo es puramente botánico, en el fondo hay una concepción ecológica indispensable para el arqueólogo. Su obra, hasta hoy, es única.

Entre 1946 y 1947 se desarrolló en la Costa Norte peruana un proyecto arqueológico que hasta hoy no ha tenido otro igual. Me refiero al famoso Proyecto Virú. Patrocinado por el Instituto de Investigaciones Andinas, las Universidades de

Columbia y Yale, los Museos de Historia Natural de Nueva York, de Chicago y de la Smithsonian Institution, el proyecto tenía como finalidad el estudio integral del valle de Virú. Hay que decir que no sólo las metas propuestas se lograron sino, y esto es muy importante, es uno de los pocos casos en los que casi todos los resultados fueron publicados. El equipo fue conformado básicamente por estudiosos norteamericanos. Los arqueólogos fueron Wendell C. Bennett, William Duncan Strong, Gordon R. Willey, Junius B. Bird, James A. Ford, Clifford Evans Jr., Donald Collier e inicialmente estuvo Julian H. Steward aunque él en realidad no tomó parte directa en el proyecto. Se incluyó también un geógrafo, F. Webster Mc-Bryde y un etnólogo, Alan R. Holmberg y de parte peruana el único que participó activamente en el campo, haciendo etnografía, fue Muelle.

Si se mira los resultados de este proyecto desde una perspectiva histórica, vemos que hay tres aspectos fundamentales que se deben destacar. En primer lugar la secuencia relativa que se estableció con sus resultados y que, si bien modificada en muchos aspectos por los nuevos hallazgos, a pesar de todo en el fondo sigue válida. En este sentido es importante destacar el hecho de que mientras Kroeber y Larco Hoyle habían establecido sus secuencias utilizando exclusivamente la cerámica fina y decorada, en el caso del grupo de Virú se trabajó más bien fundamentalmente con cerámica utilitaria, pero ayudándose además con el nuevo método de los patrones de establecimiento. Politis (1995:221) nos ha hecho ver un detalle importante relacionado con el Proyecto. Y es que John Ford formó parte del grupo marxista disidente de Oaxtepec y fue él quien estableció el método de seriación tipológico estadístico para clasificar la cerámica que luego, paradójicamente, hicieron suyos Meggers y Evans. En 1969, aplicando su metodología, hizo un análisis comparativo de todas las "Culturas Formativas" de las Américas.

El segundo gran aporte fue el del Willey, quien empleó por primera vez en nuestro medio el estudio de los patrones de establecimiento, es decir el análisis de la interacción de largo plazo que se establece entre una población y su medio social y natural. Esta metodología ha sido casi olvidada por los arqueólogos del Nuevo Mundo. En el Perú ha sido aplicada sólo por Jeffrey Parsons y David Wilson. Los resultados del análisis que hizo Willey de los sitios de todas las épocas del valle de Virú han sido de una importancia increíble y su libro *Settlement patterns in Ancient Peru* (1953) se ha convertido en una piedra miliar para nuestra arqueología.

La tercera gran contribución de este Proyecto fue la de Junius Bird. Él fue el único que en vez de trabajar sólo en el valle de Virú, decidió hacerlo también en el de Chicama y excavó en Huaca Prieta. La principal ocupación de este yacimiento es precerámica. Con este trabajo se destruyeron algunos mitos, pero sobre todo se nos hizo ver las inmensas posibilidades que existen de sacar resultados sorprenden-

tes, si es que se desarrolla un trabajo interdisciplinario. Las dos mayores sorpresas que se dieron con estas excavaciones fueron, por un lado que la antigüedad de la Cultura Andina era mucho mayor de la que había sostenido Tello y, por el otro, que los inicios de la horticultura se arraigaban en los tiempos precerámicos. Estos trabajos coincidieron con los tiempos en los que Willard F. Libby, aprovechando del desarrollo que por la guerra había tenido el estudio del átomo, descubrió la posibilidad de fechar los materiales arqueológicos con el método del C14 (Johnson, 1951). Las primeras muestras de Sudamérica que se analizaron fueron las de Huaca Prieta. En 1949 se obtuvo la primera datación para la ocupación Cupisnique (Johnson, 1951: Table 1,5; Muelle, 1972:11) y en 1951 el primer fechado para el Precerámico y los resultados le dieron la razón a Bird: 4298 años radiocarbónicos, es decir ca. 2348 años a. C. (Bird *et al.* 1985:51, Table 2,53). Fecha que hoy ha sido ampliamente superada, pero que para la época fue revolucionaria.

Bird nos hizo ver cuán importante es el análisis de los materiales textiles, de los restos botánicos y faunísticos. Fue con muestras fecales de Huaca Prieta que Callen y Cameron en 1955, lograron no sólo reconstruir la dieta de los tiempos precerámicos, sino también analizar los parásitos que infestaban al hombre de entonces. Todas estas enseñanzas no fueron comprendidas y nadie las puso en práctica hasta que, entre 1976 y 1977, se llevó a cabo el Proyecto Arqueológico Huarmey que tuvo entre sus metas seguir las enseñanzas de Junius Bird. Es una gran lástima que este hombre polifacético no lograra publicar todos los resultados de sus hallazgos y que sólo en 1985 se editase un tomo sobre las notas y materiales que él dejara en el Museo de Historia Natural de Nueva York. Desafortunadamente el editor no fue bien escogido y el libro en el fondo no refleja lo que Huaca Prieta significó para la arqueología americana.

En el año 1948 se publicó un artículo de Richard Schaedel que luego será ampliado en su tesis en 1952, que ha pasado casi desapercibido y que ensaya una clasificación de las esculturas de piedra del Callejón de Huaylas. Se trata de un estudio importante que no ha sido retomado.

Entre los años 1950 y 1987 trabajó en el Perú un personaje muy discutido, André Frédéric Engel, francés. De él se han escrito las mejores y las peores cosas. Su actividad principal eran las finanzas, pero era un apasionado de la arqueología de la que había seguido cursos en su tierra natal. En el Perú, aprovechando que tenía acceso a considerables fondos, se dedicó a estudiar los yacimientos precerámicos y para ello contratava a arqueólogos jóvenes, entre los que cabe recordar a Bishoff, Wendt, Donnan, Lanning y Chauchat. Los dos graves defectos de Engel fueron, de una parte su falta de preparación científica y por la otra la no aceptación de aquellos hallazgos que no habían sido efectuados por él mismo. En este sentido el daño

que le hizo a la Arqueología Peruana fue muy grande, pues se perdió mucha información valiosa. Además, como él sabía mover sus influencias en las esferas del poder, lograba neutralizar a aquellos que podían hacerle sombra. Mirando fríamente las cosas, sin embargo, hay una parte de los trabajos de Engel que es rescatable si es que se los analiza con criterio crítico, pero sobre todo él nos ha dejado una lista impresionante de yacimientos precerámicos que están a la espera de ser estudiados.

En la década de los años 50 en los Estados Unidos de América se inició un movimiento que se conoce como la “New archaeology”, aunque denominado también como “procesualismo” y que en el fondo plantea que no basta estudiar ciertos aspectos de la cultura, sino que es necesario analizar el proceso cultural *in toto*. La idea fue lanzada por Willey y Phillips y quizá por Walter Taylor. Es interesante, sin embargo, que mientras en la Argentina la semilla prendió, en el Perú pasó inadvertida, salvo por uno que otro arqueólogo norteamericano. Pero me atrevería decir que la gran mayoría de los arqueólogos peruanos ni siquiera se dieron cuenta de la existencia de esta tendencia.

Fue en esta década que se comenzaron a aplicar en el Área Andina dos planteamientos teóricos que han tenido resultados muy diferentes. El primero es el que difundió John Murra y que se conoce como “verticalidad andina”. Se le ha atribuido la paternidad a él y la verdad es que él nunca lo ha desmentido. Sin embargo, he tenido acceso a una fuente de primera mano (Carlos Monge Cassinelli, Comunicación personal, 17 de mayo 1991) que me permite afirmar que la idea la escuchó Murra de boca de Carlos Monge Medrano cuando se alojó en su casa y que, efectivamente, la encontramos en los escritos del mencionado médico. Es cierto que Murra la reelaboró, y la analizó en función de las fuentes que nos han dejado las famosas *Visitas*. Pero hay otro antecedente, el de Ramiro Condarco Morales, boliviano, que desde los años 50 venía planteando su “teoría eco-simbiótica” o de “la complementariedad vertical”. El modelo gustó y ha sido aplicado desde entonces por muchos otros investigadores peruanos y extranjeros. Si bien el planteamiento es válido para la parte central y meridional del territorio andino central, deja de serlo en el área norte, donde más bien se da un fenómeno de trashumación estacional, como lo planteara Thomas Lynch.

La segunda propuesta que se inició en esos tiempos ha sido la de la aplicación de las ideas marxistas a la arqueología, para convertirla en una ciencia social. En este aspecto se menciona siempre a una persona como el principal teórico en el Perú de estos planteamientos, es decir a Luis Guillermo Lumbreras. En realidad el gran promotor y acérrimo defensor del marxismo en la ciencia arqueológica ha sido Emilio Choy. Fue él que no sólo escribía echando las bases de estas ideas, sino que, y a pesar de ser autodidacta, frecuentaba los ambientes de San Marcos y las transmitía a los alumnos.

Fue Choy quien por primera vez trató de ver la aplicabilidad de los principios de Gordon Childe a nuestra arqueología, en su trabajo "La revolución neolítica y los orígenes de la civilización andina", publicado en 1960. Todo esto fue retomado por Lumbreras que durante mucho tiempo defendió à outrance estos planteamientos, hasta que la historia reciente le demostró que estaba equivocado y tuvo que "ablandar" su posición. Pero hay un hecho que hay que señalar y que es muy importante. Mientras Choy trataba con gran prudencia de introducir los modelos explicativos childianos, Lumbreras lo hizo siempre utilizando en forma dogmática el concepto de modo de producción. Pero, lo que es más grave aún, mientras otros marxistas como Iraida Vargas Arenas y Mario Sanoja en Venezuela trabajaban sobre el terreno para tratar de alguna manera de justificar su hipótesis, Lumbreras nunca lo hizo, pues él prácticamente no ha excavado. Tanto es así que su primer trabajo sobre Huari, aún en sus tiempos de estudiante cuando estaba aprendiendo las lecciones de Choy, no tiene ni una sola idea marxista. Y en su único informe, resultado de los trabajos en Chavín de Huántar que efectuara conjuntamente con Hernán Amat y que fuera publicado en 1993, tampoco encontramos nada de sus proposiciones ideológicas. Como tampoco las hay en su manual *De los Pueblos, las Culturas y las Artes del Antiguo Perú*, cuya primera edición se publicó en 1969. Ellas están sólo en sus escritos teóricos y en los que hay una evidente falta de ciencia.

Pero lo que no se dice y se ha olvidado, es que en el Perú vivió un cubano que conoció a Fidel Castro, que siempre lo admiró, y que en un determinado momento dejó la vida cómoda que tenía en nuestro medio para ir a Cuba a cooperar con la revolución. Me refiero a Ernesto Tabío. Él era meteorólogo y arqueólogo por afición. Pero lo hizo muy seriamente. Él sí trabajó sobre el terreno, recorriendo nuestra costa a lo largo y a lo ancho e incluso realizó excavaciones. Y cuando tuvo que presentar su tesis en Rusia, interpretó los datos en clave marxista (Tabío, 1977). No es el momento de discutir este punto; lo que sí se debe remarcar es la coherencia de Tabío. Y es significativo que en todas sus andanzas por las ruinas peruanas prehispánicas, nunca llevó consigo a aquellos estudiantes que se proclamaban marxistas. Sin embargo es interesante que estas ideas no encontraron campo fértil en el Perú y no han tenido seguidores.

Si bien hubo esfuerzos pioneros como los de Cook (1916), Harnes (1918) y Fortunato Herrera (1934, 1935, 1939, 1941), la integración de la botánica con la arqueología es un fenómeno de los inicios de los años 40 que es justamente cuando, lo hemos visto, Bird la aplica en nuestro medio. Es en la década de los años 50 que inicia sus estudios en el Perú Margaret Towle. Su especialidad fue la botánica y después de haber analizado la mayoría de los materiales provenientes de las excavaciones arqueológicas, en 1961 publicó el libro *The Ethnobotany of Pre-columbian Perú*. Es el único manual de la especialidad que se ha escrito hasta la fecha y, a pesar de los 44 años transcurridos desde su aparición y con la nueva

información que se ha acumulado en todo este tiempo, sigue siendo un texto de consulta obligatorio para cualquiera que quiera investigar sobre el tema. Es una gran lástima que no se haya seguido su ejemplo y que en la actualidad una de las especialidades más venidas a menos en nuestro medio sea justamente la etnobotánica.

Entre los años 1952 y 1959 vemos plasmarse una parte de las acciones de la Escuela de California. Es así que Lawrence Dawson termina su nueva cronología del estilo Paracas (que él prefiere llamar Ocucaje) y Dorothy Menze¹ aclara los problemas del estilo Ica Tardío y los relativos a la ocupación incaica en la Costa Sur. Ella ha sido la única que definió el estilo Inca-provincial. Trabajos fundamentales y que aún hoy estamos utilizando. Y como dijera en alguna oportunidad Rowe, la de Ica fue la mejor secuencia que se hizo en América y fue la maestra para establecer la cronología del Antiguo Perú (Rowe [1966] 1967: 17).

La selva ha jugado un rol fundamental en la formación de la Cultura Andina, tal como lo intuyó Tello, y si bien hubo trabajos precursores como los de Uhle, Nordenskjöld y Tessmann, nadie intentó una investigación sistemática como la que emprendieron en la década de los 50 Donald Lathrap y sus discípulos. Sus aportes, aunque discutibles en algunos aspectos, han quedado como un hito para la arqueología selvática.

Si bien los caminos prehispánicos han sido un tema de atracción desde los tiempos de la Conquista, en verdad casi nadie se había dedicado a recorrerlos y tratar de analizarlos en forma sistemática. El primer peruano que intentó hacerlo fue Alberto Regal en 1936, pero es entre 1953 y 1954 que lo lleva a cabo en una forma más amplia Víctor W. Von Hagen. Su esfuerzo pionero tiene mucho mérito, pero los resultados no han sido satisfactorios. Un aporte muy importante ha sido el de Coleen Beck, sin embargo es a fines de la década de los años 70 que emprende nuevamente la tarea John Hyslop, que publicó su libro *The Inka Road System* en 1984, que se ha convertido en el mejor texto sobre la materia. Se trata de un tema de fundamental importancia, sin cuyo conocimiento es imposible entender cómo pudo desarrollarse un imperio como el incaico en un tiempo tan corto. Desafortunadamente Hyslop no pudo recorrer los muchos caminos transversales que desde la zona andina llevan a la Ceja de Selva y que fueron el mecanismo sine qua non para la colonización de esa parte inhóspita de nuestro territorio, que representa más de 28 mil kilómetros cuadrados, de los cuales por lo menos el 70% permanece virgen.

En 1955 se realizó un proyecto que podría parecer de poca importancia, me refiero a la Expedición del Museo Universitario de la Universidad de Pennsylvania a la zona del Altiplano, bajo la dirección de Kidder II. Sin embargo, fue gracias a esos trabajos que se obtuvo la primera fecha de C14 para nuestra serranía.

Fue en el año 1958 cuando Augusto Cardich, agrónomo pero que tenía un profundo interés para la arqueología y que había recibido una fuerte influencia del famoso prehistoriador alemán Oswald Menghin, comienza sus investigaciones en Lauricocha. Y en 1960 anuncia una fecha radiocarbónica de 9525 años (es decir ca. 7500 años a. C.) para los restos humanos hallados en la mencionada cueva. Para la época fue un anuncio innovador, pues se trataba de los restos humanos más antiguos de Sudamérica y entre los más viejos del continente. Esto opacó la datación de 4400 años (ca.2450 a. C.) que poco antes había informado Engel para Cabezas Largas en la Costa Sur. En ese momento los trabajos de Cardich parecieron relevantes, pero en verdad carecieron de una metodología científica de excavación y la cantidad de información que se perdió ha sido muy grande.

En las décadas de los años 60 y 70 del siglo pasado, en Norteamérica hubo un fuerte movimiento teórico que fue definido como “Post-procesualismo”, que sostenía que la arqueología no es solamente una ciencia de la cultura material, sino que concierne también al comportamiento cultural en el pasado. Sin embargo ello no tuvo ninguna repercusión en nuestro medio.

En el año 1960 Dorothy Menzel llevó a cabo su estudio sobre la cultura Huari que fue publicado en 1964. Fue una investigación fundamental, que permitió por primera vez entender lo que esta cultura significa para la historia andina y desterró el término “tiahuanacoide” que se había convertido en usual en la jerga de los arqueólogos. Nos hizo ver la importancia de aquellos estilos, llamados “epigonales” por Uhle, sobre todo en la Costa Nor-central y Norte. La subdivisión en cuatro Épocas que ella hizo no sólo aclaró el panorama del Horizonte Medio, sino que a pesar de los años transcurridos, sigue vigente. Es una gran lástima que no se haya seguido investigando, para aclarar aquellos puntos que la misma Menzel señaló como aún inciertos.

Siempre en la década de los 60, más exactamente entre los años 1961 y 1963, comenzó a trabajar en el Perú un joven arqueólogo de la Escuela de California, Edward P. Lanning. Su interés estuvo centrado en los tiempos precerámicos y en la aparición de la alfarería. No cabe la menor duda que el suyo fue un trabajo seminal, pues fue él quien amplió las bases de los estudios de los tiempos precerámicos y la clasificación que hiciera en seis épocas aún la seguimos utilizando y con ella se complementó y completó el cuadro cronológico de John Rowe. Cometió un grave error, es cierto, en la forma de interpretar las que él denominó “hachas de mano de Chivateros” cuando en realidad se trataba de “pre-formas”, pero en ciencia ello sucede a menudo y es normal si se trabaja de buena fe. Su libro *Peru before the Incas* publicado en 1967 sigue siendo el manual de consulta obligatorio para el que quiera adentrarse en el estudio de los tiempos precerámicos. Todos los que fuimos estudiantes en aquellos tiempos, bebimos de las enseñanzas de Lanning.

Hasta la década de los 60 las ruinas prehispánicas habían sido vistas sólo como tales, es decir como restos arquitectónicos. Pero no se había empezado a analizarlas como fenómeno urbano de conjunto. El que nos trae esa perspectiva al Perú es un arquitecto argentino, Jorge Enrique Hardoy. Se asocia en un principio con Richard Schaedel que era también un conocedor del tema y luego también con quien les habla y entre los años 1966 y 1974 organizamos cinco simposios sobre el fenómeno urbano en América. Fue un esfuerzo muy grande que logró reunir a eminentes especialistas, entre los que cabe recordar a Graziano Gasparini, Erwin Walter Palm, Richard M. Morse y Woodrow Borah. Todos los trabajos han sido publicados y es verdaderamente una gran lástima que nadie haya recogido esta posta. Pero Hardoy, además, nos ha dejado su libro *Ciudades precolombinas* (1964) cuya edición inglesa aumentada y corregida, *PreColumbian Cities* publicada en 1973 sigue siendo uno de los mejores textos que se hayan escrito sobre el tema. Posteriormente se editó el libro de Gasparini y Margolies *Arquitectura Inka* (1977) que complementa los trabajos de Hardoy. En nuestro medio Bonavia hizo algunas contribuciones, pero el único especialista que ha analizado el fenómeno urbano desde el año 1970 hasta su muerte acaecida en el 2004, ha sido el arquitecto Carlos Williams. Su gran mérito fue examinar con gran acuciosidad el nacimiento de este fenómeno en los tiempos precerámicos, aspecto que era casi imposible desarrollar en los tiempos en los que Hardoy y Gasparini realizaron sus investigaciones. Fue él quien llamó la atención y estudió los templos en U.

Es por esa época, exactamente en 1968, que Elizabeth S. Wing comienza sus investigaciones sobre paleozoología que continuarán hasta su retiro en el año 2001. Se trata de un campo sumamente importante de la arqueología y a la que pocos se han dedicado. Es ella la que ha analizado la mayor parte de restos faunísticos que se han excavado en el Área Andina. En este sentido su aporte es invaluable y ha abierto el camino para entender el fenómeno de la domesticación de los camélidos. Además, ella ha creado escuela y ha formado a Elizabeth Reitz, que hoy es la mejor paleozoóloga con especialidad en el Área Andina y que viene trabajando desde 1976. No se puede olvidar, sin embargo, los aportes de Jane Wheeler, sobre todo sus estudios importantes, aunque no definitivos, en lo que se refiere a la domesticación de los Camélidos, como tampoco los de Jonathan Kent.

La década de los años 70 representa un lapso durante el cual se hicieron algunas contribuciones de gran importancia para la Arqueología Peruana. En primer lugar las investigaciones que comenzó a realizar Heather Lechtman sobre la metalurgia de los tiempos prehispánicos. En este sentido sus hallazgos son fundamentales como es el caso, sólo para mencionar un ejemplo, del conocimiento que tenían los artesanos de la Costa Norte de la difícil técnica para obtener el bronce arsenical en los tiempos del Horizonte Medio. El único que investigó en este campo en el Perú, fue el ingeniero Georg Petersen G. allá por los años 60-70, pero su interés

fue más por el estudio de las minas y las técnicas extractivas de los minerales en los tiempos prehispánicos.

En esta década Christopher Donnan inicia sus estudios de la cultura Moche. Después de los trabajos de Larco Hoyle, nadie se había especializado en la materia. Y si bien es cierto que hubo en el siglo XX muchos arqueólogos que se han dedicado a analizar determinados aspectos de la cultura de los mochicas, hay que reconocer que los aportes de Donnan han sido los más importantes y él es, el mejor "mochicólogo" si cabe el término. Es difícil decir cuáles han sido los mayores avances que se han hecho en este campo en el siglo pasado. Creo que se ha adelantado mucho en lo que a la parte iconográfica se refiere, permitiendo con ello una mejor comprensión de los rituales, las creencias y en general de ciertos aspectos de la vida de los mochicas. También se ha ampliado enormemente nuestro conocimiento sobre las estructuras ceremoniales, tanto desde el punto de vista constructivo como el de su función. Finalmente, sabemos mucho más sobre los ritos funerarios.

Quizá el tema más controvertido es el de la cronología. Hoy se pretende demostrar que las cinco épocas definidas por Larco Hoyle no pueden ser aplicadas a todo el territorio que ocuparon los mochicas y se sugiere la existencia de dos áreas de influencia, y que cada una tendría su propia cronología. A pesar que hay algunos argumentos aceptables en este sentido, sin embargo, hasta la fecha nadie ha podido presentar un registro completo de datos para sustentarlo.

Desafortunadamente la búsqueda de "la gran tumba" que conlleva un gran efecto propagandístico, que a su vez significa facilidades para conseguir fondos de entidades que lo único que buscan es la publicidad, ha calado demasiado hondo en los arqueólogos, haciendo olvidar los principios básicos de la profesión. Es así que hoy no sabemos aún casi nada de la vida diaria del hombre mochica común, de cómo eran sus viviendas, de qué actividades realizaba en ellas, de cómo preparaba sus alimentos, de qué enfermedades padecía, sólo para mencionar algunos aspectos cuyo estudio ha sido descuidado.

Una de las características importantes de las edificaciones ceremoniales de todos los tiempos prehispánicos, fue sin duda el de su decoración. Dada la masiva destrucción de los monumentos que comenzó con la Conquista y que no termina hasta la fecha, la gran mayoría de evidencias se han perdido y sólo uno que otro arqueólogo emprendió la tarea de analizar y describir casos muy concretos que le llamaron la atención. Pero nadie había intentado salvar toda la información existente y reunirla en un solo corpus. Bonavia decidió hacerlo en la década de los 70. El resultado de este trabajo han sido primero el libro *Ricchata Quellcani. Pinturas murales prehispánicas* que se publicó en 1974, y luego una edición no sólo ampliada sino completamente reestructurada que con el título de *Mural Painting in Ancient*

Peru se editó en 1985. Después de la aparición de este libro, se han hecho nuevos descubrimientos verdaderamente impresionantes, y algunos de los cuales cambian sin duda ciertos planteamientos iniciales, pero nadie hasta el momento ha querido seguir en esta línea de investigación.

Desde los años 40, Larco Hoyle, Bird y Ubbelohde-Doering habían sugerido, a base de hallazgos superficiales, la existencia de una cultura muy antigua que más tarde fue llamada Paijanense, por los desiertos de la localidad donde fueron encontrados. Dado que en la superficie había restos de fauna pleistocénica hoy extinta, se pensó que los primeros llegados a nuestro territorio pudieron no sólo haber convivido con ella, sino que la aprovecharon, lo que después se demostró que no fue así. La primera investigación científica de esta industria la realizó Paul Ossa en los años 70. Inspirado por esos hallazgos, un entonces joven prehistoriador francés, Claude Chauchat de la escuela de Bordes, decidió emprender la tarea de estudiar el Paijanense en La Libertad. Lo hizo en forma sistemática desde 1974 hasta fines de los 90 con la colaboración de varios otros especialistas franceses, entre los que hay que destacar a Jacques Pelegrin, y la contribución en este campo ha sido muy importante. Los trabajos realizados en el departamento de Ancash por Michael Malpass, Santiago Uceda y Bonavia, y luego la revisión sobre el terreno de ciertas evidencias del desierto de Ica que Engel no había entendido, efectuada por Chauchat y Bonavia, permitieron reevaluar el problema del Paijanense *in toto*. Al mismo tiempo, se pudo explicar que la industria que Lanning encontró en la Costa Central en la década de los años 60 y que llamó Chivateros, en el fondo no era más que una facies del Paijanense. Por ello Bonavia propuso el término Complejo Chivateros. Es a partir de los años 80 que Tom Dillehay y sus colaboradores comienzan a ocuparse del tema y hoy hay un equipo de estudiantes trabajando. Sus puntos de vista difieren en algunos aspectos de los de Chauchat, lo cual no es más que un ejemplo del progreso de la ciencia.

Un hecho de fundamental importancia de las investigaciones de Chauchat, es que él introdujo en la Arqueología Peruana el concepto de *chaîne opératoire* que fue ideado por Leroi-Gourhan y luego promovido por Tixier. La parte experimental de talla lítica estuvo a cargo de Pelegrin. La investigación se inició en 1986 y se terminó en 1992. Es el único caso de un estudio de esta naturaleza que se llevó a cabo en nuestro medio (Chauchat *et al.*, 2004).

En la misma época que se iniciaba el estudio sistemático de la cultura Paijanense en la Costa Norte, en la Sierra Central otro equipo francés bajo la dirección de Danièle Lavallée y Michele Julien, comenzó a investigar en el abrigo de Telarmachay. Utilizando la técnica del *décapage* de la escuela de Leroi-Gourhan, el yacimiento fue examinado con una prolijidad poco común y con resultados verdaderamente sorprendentes. Es un ejemplo de cómo se tiene que trabajar en un sitio de esa natura-

leza. Se logró no sólo un análisis detallado de todos los restos de artefactos encontrados y de diferentes materiales, sino que se llegó a deducir su función y la técnica de fabricación. Se pudo hacer una reconstrucción del espacio, sabiendo con certeza en cada época de ocupación del abrigo cómo vivió el hombre, qué tareas realizó y dónde las llevó a cabo. Además, los estudios de Wheeler permitieron establecer que la domesticación de los camélidos se llevó a cabo entre los 4000 y 3500 años a. C. Todo esto está resumido en el informe que se publicó en 1985.

En 1975 se publicó un libro sumamente polémico, *The maritime foundations of Andean Civilizations*. Su autor, Michael Edward Moseley, pretendía demostrar que el factor fundamental que permitió el nacimiento de la civilización andina, fue la gran riqueza del mar peruano. La hipótesis, de haber sido correcta, hubiera sido revolucionaria, pues el Área Andina habría sido el único lugar en el mundo en el que la civilización no tuvo una base agrícola. Hay que decir, en honor a la verdad, que la idea fundamental no fue de Moseley sino que él la tomó de Lanning el cual la esbozó, pero sin el dogmatismo de este. La mayoría de especialistas la aceptaron sin haberla analizado y hay muchos que creen aún en ella. Sin embargo hubo un grupo que desde el inicio se dio cuenta que los mismos datos arqueológicos estaban contradiciendo a Moseley. Osborn en 1977, Raymond y Wilson en 1981, Zechenter en 1988 observaron esta propuesta, pero el que se dedicó a analizar el asunto con detalle, demostrando fehacientemente que en el caso peruano lo mismo que en el resto del mundo la agricultura ha sido la madre de la civilización, es Bonavia que trató el tema en varios de sus trabajos desde 1982, y le dedicó un artículo en 1998.

Desde la década de los 60 Lanning se había dado cuenta de la importancia que tenía la zona de los valles de Culebras y Huarmey para entender el problema de la aparición de ciertas plantas domésticas en los contextos precerámicos. Entre éstas había una que tenía un interés particular: el maíz. Éste había sido y sigue siendo el centro de debates muy enconados entre los que mantienen que hubo un solo centro de domesticación en Mesoamérica y que de allí la planta se difundió a Sudamérica y los que creen que hubo dos centros de domesticación independientes, uno en Mesoamérica y otro en América del Sur. La polémica sigue encendida, pero todas las evidencias, desde las arqueológicas hasta las genéticas, están señalando claramente que el maíz andino ha sido domesticado en nuestro territorio en forma independiente de Mesoamérica, en alguno de los valles interandinos de altura media que los arqueólogos aún no han explorado.

Como Lanning no podía dedicarse a este tema, logró interesar a David Kelley, el cual conversó sobre el particular con uno de los más grandes especialistas en maíz, el profesor Paul C. Mangeldorf. Fue él que con el apoyo de la Universidad de Harvard logró influir en el entonces estudiante Bonavia para que se interesara en la materia. En esos años estaba en Harvard un genetista peruano que con el tiempo se

convertiría en uno de los más grandes conocedores del maíz a nivel mundial, Alexander Grobman. Bonavia y Grobman se asociaron desde un principio y desde esos tiempos han seguido trabajando sobre la materia. Pero es entre los años 1976 y 1977 que se organizó el Proyecto Arqueológico Huarmey. Fue dirigido por Bonavia, pero en él participaron 21 especialistas entre peruanos y extranjeros que, además de la arqueología, cubrieron los campos de la geografía, la geología, la etnología, la etnobotánica, la etnozoología, la paleoescatología, la palinología y la paleopatología.

Ha sido el único trabajo interdisciplinario concebido y desarrollado en el Perú por un peruano. Quizá se le podría encasillar dentro del "procesualismo" pero si así fuera, la influencia de éste ha sido indirecta y no intencional. Los resultados están reunidos en la monografía *Los Gavilanes. Mar, desierto y oasis en la historia del hombre* que se publicó en 1982 y en 20 artículos que fueron apareciendo entre los años 1963 y 2004.

Por influencia de John Rowe, el arquitecto Jean-Pierre Protzen a partir de los años 80, comenzó a interesarse en la arquitectura incaica. Desde los tiempos virreinales, y está claramente expresado en los escritos de algunos cronistas de la época, se ha venido discutiendo y emitiendo hipótesis sobre la forma en que los incas lograron cortar con tanta precisión las piedras de sus construcciones y juntarlas con increíble exactitud, sobre todo si se toma en cuenta el tamaño de muchas de ellas, cuyo mejor ejemplo son los muros de Sacsahuaman. Además, había que explicar también qué técnicas se emplearon no sólo para el traslado de estas piedras, sino también para su colocación en los grandes muros poligonales. Con los trabajos acuciosos de Protzen, hoy no sólo conocemos las canteras de las que provienen las piedras, sino la forma en que fueron sacadas, preparadas, transportadas y cómo luego fueron colocadas. En este sentido su aporte es muy grande y ha venido a romper los tantos mitos que se habían tejido a lo largo de los años sobre este tema.

Desde fines de 1980, como consecuencia de un hallazgo completamente casual, con el apoyo inicial de la Fundación Ford se iniciaron trabajos en la Huaca de la Luna en Moche. En un principio el promotor fue Santiago Uceda y posteriormente y hasta la fecha ha sido secundado por Ricardo Morales. Este proyecto, que aún sigue es, qué duda cabe, un hito más en la Arqueología Peruana. Y lo es no sólo por la cantidad de conocimientos que se ha logrado acumular estudiando el monumento y entendiendo su proceso constructivo, su función y los rituales que en él se desarrollaron sino, además, por tres razones importantísimas. En primer lugar porque se ha logrado crear mecanismos que no sólo han atraído a investigadores extranjeros, sino que han permitido que ellos se puedan integrar al proyecto. En segundo lugar, porque es el único caso en el que las investigaciones, el mantenimiento y la protección del monumento se han hecho en gran parte con el apoyo de capitales peruanos pero, (y esto es importante destacarlo), con el solo interés de salvar el

nuestra ciencia, como lo han sido los Estados Unidos de América a partir de la Segunda Guerra Mundial. No olvidemos, además, que la ciencia no puede ni debe tener barreras.

Desde mi punto de vista, y admito que es muy personal y discutible, la Arqueología Peruana debería regresar al ámbito al que pertenece, es decir al de la Antropología entendida en el sentido más amplio. No se debe olvidar que "La Antropología moderna, debido a que sus orígenes se hallan más en la Ciencias Naturales que en la Filosofía o en la historia tradicional, insiste en que el relato de las crónicas de las sociedades primitivas no basta para la realización de sus fines. La Antropología en su más pleno desarrollo es Historia más Ciencia o, si se prefiere, la ciencia del hombre y de la cultura fundada en el análisis de hechos válidos derivados de los acontecimientos presentes y pasados." (Hoebel, 196:125). Pero sobre todo nuestra arqueología no puede seguir con los ojos vendados, debe buscar el paradigma que se ha perdido, un derrotero como el que tuvieron Tello o la Escuela de California. Y esto debe nacer y desarrollarse en las aulas universitarias.

Taylor en 1948 dijo una gran verdad, y si bien no se estaba refiriendo a la Arqueología Peruana sus palabras hoy son válidas para nuestra realidad. Parafraseando se puede afirmar que los arqueólogos peruanos han sacrificado el contexto, la real sustancia de la historia o prehistoria, por las desoladas crónicas de las secuencias de tipos cerámicos (Willey, 1968:51). Insisto que en el Perú la arqueología aún no es tratada como lo que es, es decir una ciencia.

Debo manifestar que sin las anotaciones que nos ha dejado Rowe (1959), mi tarea hubiera sido mucho más compleja y, a lo mejor, no tan completa. También debo agradecer a Ramiro Matos M., que leyó el borrador de este escrito haciéndome importantes sugerencias, a Ann Rowe, a Elizabeth Reitz, a Uriel García, a Fernando Silva Santisteban y a Elmo León Canales, que me ayudaron a aclarar algunos puntos de esta intervención, aunque asumo la responsabilidad de la interpretación que pueda haberle dado a sus aportes. Agradecimiento que hago extensivo a César Gutiérrez y Vilma Gutiérrez que me facilitaron el acceso al Archivo del Congreso.

Principales obras citadas.

Bird, Junius B.; Hyslop, John; Dimitrijevic Skinner, Milica. 1985. *The Preceramic Excavations at the Huaca Prieta Chicama Valley, Peru*. Vol. 62: Part 1. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History. New York.

Bonavia, Duccio. 1974. *Ricchata Quellccani. Pinturas Murales Prehispánicas*. Fondo del Libro del Banco Industrial del Perú. Lima.

1982. *Precerámico Peruano. Los Gavilanes. Mar, desierto y oasis en la historia del hombre.* Corporación Financiera de Desarrollo S.A., Instituto Arqueológico Alemán, Lima.
1985. *Mural Painting in Ancient Peru.* Indiana University Press. Bloomington.
1995. Contestación a Orefici y a los colegas polacos. *Journal de la Société des Américanistes*, Tome 81. Paris. pp. 312-319.

Castillo Butters, Luis Jaime; Mujica Barreda, Elías. 1995. *Peruvian Archaeology: Crisis or Development.* SAA Bulletin, Vol. 13. N° 3. Santa Bárbara. pp. 18-20.

Chauchat, Claude; Pelegrin, Jacques; Gálvez Mora, César; Becerra Urteaga, Rosario; Esquerre Alva, Rocío (With an Appendix by César Gálvez Mora, Hélène Martin, and Philippe Pannoux). 2004. *Projectile Point Technology and Economy. A Case Study from Paiján, North Coastal Peru.* A Peopling of the Americas Publication. College Station.

García, José Uriel. 1961. *Machu-Picchu.* Sobretiro de Cuadernos Americanos, N° 4. México. pp. 161-251.

García-Frías, J.E. 1940. La tuberculosis en los antiguos peruanos. *Actualidad Médica Peruana*, Vol. 5, N° 10. Lima. pp. 274-291

Gasparini, Graziano; Margolies, Luise. 1977. *Arquitectura Inka.* Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas. Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Universidad Central de Venezuela. Caracas.

Hardoy, Jorge E. 1964. *Ciudades Precolombinas.* Ediciones Infinito. Buenos Aires.

1973. *Pre-columbian Cities.* Walker and Company. New York.

Hoebel, A. Adamson. 1961. *El Hombre en el Mundo Primitivo.* Ediciones Omega, S.A. Barcelona.

Hyslop, John. 1984. *The Inka Road System.* Academic Press, Inc. New York.

Johnson, Frederick. 1951. Introduction. *Memories of the Society for American Archeology, Supplement to American Antiquity*, Vol. XVII, N° 1, Part 2, July. Salt Lake City. pp. 1-19.

Kosok, Paul. 1965. *Life, Land, and Water in Ancient Peru.* Long Island University Press. New York.

Kroeber, Alfred L. 1942. Los métodos de la arqueología peruana. *Letras*, N° 22. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima. pp. 205-226.

1944. *Peruvian Archaeology in 1942*. Viking Fund Publications in Anthropology. Number Four. New York.
- Lanning, Edward P. 1967. *Peru before the Incas*. Prentice Hall, Inc. Englewood Cliffs.
- Larco Hoyle, Rafael. 1938. *Los Mochicas*. Tomo I. Casa Editora "La Crónica" y "Variedades", S.A. Ltda. Lima.
1939. *Los Mochicas*. Tomo II. Casa Editora "La Crónica" y "Variedades", S.A. Ltda. Lima.
1948. *Cronología Arqueológica del Norte del Perú*. Sociedad Geográfica Americana, Editorial y Cultural. Buenos Aires.
- Moscatti, Sabatino. 1990. *Sulle vie del passato*. Jaka Book. Milano.
- Moseley, Michael Edward. 1975. *The Maritime Foundations of Andean Civilizations*. Cummings Publishing Company. Menlo Park.
- Muelle, Jorge C. 1963. 50 años de arqueología en el Perú. En: *Visión del Perú en el siglo XX*. Tomo II. Librería Studium. Lima. pp. 355-363.
1972. La Arqueología Peruana después de Tello. *Revista del Museo Nacional*, T. XXXVIII. Lima. pp. 11-22.
- Politis, Gustavo. 1995. The Socio-politics of the Development of Archaeology in Hispanic South America. En: *Theory in Archaeology. A World Perspective*. Peter J. Ucko, Ed. Routledge. London. pp. 197-228.
- Porras Barrenechea, Raúl. 1955. *Fuentes Históricas Peruanas*. Juan Mejía Baca & P.L. Villanueva, Editores. Lima.
- Romero, Emilio. 1974. Verdadera historia de Machu Picchu. *El Comercio*, 25 de julio. Lima. p. 2.
- Rowe, John Howland. 1946. Inca Culture at the Time of the Spanish Conquest. *Handbook of South American Indians*, Julian H. Steward, Editor. Vol.2. The Andean Civilizations. Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143. Washington. pp. 183-330.
1959. Cuadro cronológico de exploraciones y descubrimientos en la Arqueología Peruana, 1863- 1955. *Arqueológicas*, 4. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Lima.
- [1965] 1967. An interpretation of radiocarbon measurements on archaeological samples from Peru. *Peruvian Archaeology, Selected Readings*. J.H. Rowe and D. Menzel. Peek Publications, Palo Alto. pp. 16-30.

1990. Machu Picchu a la luz de documentos del siglo XVI. *Histórica*, Vol. XIV, N° 1. Lima. pp. 139-154.
1998. Max Uhle y la idea del tiempo en la Arqueología Americana. En: *Max Uhle y el Perú Antiguo*, Peter Kaulicke, Editor. Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial. Lima. pp. 5-21.
- Schaedel, Richard P.; Shimada, Izumi. 1982. Peruvian archaeology, 1946-80: an analytic overview. *World Archaeology*, Vol. 13, No. 3. London. pp. 359-371.
- Tabío, Ernesto. 1977. *Prehistoria de la Costa del Perú*. Academia de Ciencias de Cuba. La Habana.
- Towle, Margareth A. 1961. *The Ethnobotany of Pre-Columbian Peru*. Viking Fund Publications in Anthropology, Number Thirty. New York.
- Troll, Carl. 1958. *Las Culturas Superiores Andinas y el Medio Geográfico*. Publicaciones del Instituto de Geografía. Facultad de Letras. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima.
1968. The Cordilleras of the Tropical Americas. Aspects of Climatic, Phytogeographical and Agrarian Ecology. En: *Geo-Ecology of the Mountainous Regions of the Tropical Americas*. Ferd Dümmlers Verlag. Bonn. pp. 15-56.
- Uhle, Max. 2003. *Pachacamac. Informe de la expedición peruana William Pepper de 1896*. Fondo Editorial, Universidad Nacional Mayor de San Marcos; COFIDE, Corporación Financiera de Desarrollo. Lima.
- Valcárcel, Luis E. 1981. *Memorias*. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.
- Vega, Juan José. 1999. Historia de Machu Picchu (antes de su descubrimiento oficial en 1911). *Nuevos Comentarios*, 8. Diciembre. Universidad Inca Garcilaso de la Vega. Facultad de Ciencias Sociales. Lima. pp. 119-125.
- Wiener, Charles. 1880. *Pérou et Bolivie. Récit de voyage*. Librairie Hachette et C. París.
1993. *Perú y Bolivia. Relato de viaje*. Instituto Francés de Estudios Andinos, Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima.
- Wiley, Gordon R. 1953. *Prehistoric Settlement Patterns in the Virú Valley, Perú*. Smithsonian Institution. Bureau of American Ethnology, Bulletin 155. Washington.
1968. One Hundred Years of American Archaeology. En: *One Hundred Years of Anthropology*. Harvard University Press. Cambridge. pp. 26-53.

Willey, Gordon R.; Sabloff, Jeremy A. 1974. *A History of American Archaeology*. W.H. Freeman and Co. San Francisco.

Yépez Valdés, Wilfredo. 2001. Un intento... para Machupicchu. *Visión Cultural*, Publicación Extraordinaria, Año 1, N° 4. (Instituto Nacional de Cultura). Julio. Cuzco. pp. 96-102.

Zechenter, M. Elzbieta. 1988. Subsistence Strategies in the Supe Valley of the Peruvian Central Coast during the Complex Preceramic and Initial Periods. A dissertation submitted in partial satisfaction of the requirements for the degree Doctor of Philosophy in Anthropology. University of California. Los Angeles.